

# Hondas y boleadoras en la América hispana

**RESUMEN:** Hondas y boleadoras, dos armas de lanzamiento sumamente eficaces, han dejado buenos registros arqueológicos y literarios en suelo americano, donde se opusieron con energía a las modernas armas de los conquistadores españoles. Su origen europeo y difusión al Nuevo Mundo se remonta a la prehistoria, y así como en el continente euroasiático solamente la honda tiene continuidad de uso hasta la actualidad, en América la boleadora acompaña a la primera a lo largo de toda la historia, poniendo de manifiesto una evolución separada de la cultura y las armas, motivada por el aislamiento físico del continente americano al final del paleolítico.

113

**PALABRAS CLAVE:** Boleadoras, hondas, armas precolombinas, etnohistoria, aztecas, incas, Argentina.

**ABSTRACT:** Slings and boleadoras, two extremely effective hand-thrown weapons, have left good archaeological and literary registries in America, where they were used with energy against the modern arms of the Spanish conquerors. Their european origin and diffusion to the New World goes back to prehistory and as well as in the euroasiatic continent. Only the sling has been used continuously practically until present times, in America the "boleadora" accompanies the first throughout all of history, showing a separated evolution of the culture and the arms motivated by the physical isolation of the American continent at the end of the Paleolithic Period.

**KEY WORDS:** Boleadora, sling, precolumbian weapons, ethnohistory, Aztecs, Incas, Argentina.

## I. INTRODUCCIÓN

La boleadora y la honda son las armas de lanzamiento más antiguas de la humanidad. A nadie se le oculta que el lanzamiento de piedras a mano, simultáneo al uso de palos, afilados o no, son las primeras actividades agresivas o venatorias empleadas por el hombre. La boleadora y la honda, por el hecho de ser instrumentos bastante elaborados o ingenios, alcanzan ya, en los albores de la Humanidad, el título auténtico de armas.

Aunque pueda resultar superfluo, recordaremos brevemente en qué consisten hondas y boleadoras. La boleadora más sencilla es una bola fijada a una cuerda de cerca de un metro, por cuyo extremo se sujeta y mueve o voltea alrededor de la cabeza. En el momento oportuno se suelta la cuerda para que la boleadora salga disparada en dirección al blanco. Uniendo dos o tres boleadoras simples por los extremos de sus cuerdas, se compone una boleadora de dos y tres pesos. Ésta se voltea sujetándola por uno de los pesos y, al lanzarla, los pesos se abren en el aire, girando como una hélice, que acaba enrollándose fuertemente en el objetivo.

La honda consiste en una trenza o correa de cerca de dos metros, doblada por el medio, donde tiene un ensanche u óvalo en el que se coloca la piedra o proyectil. Sujetándola por los dos extremos, se voltea como la boleadora y, en el momento adecuado, se suelta uno de los extremos, liberándose la piedra, que vuela a gran velocidad hacia el objetivo.

Honda y boleadora de un peso actúan por impacto, abatiendo por contusión, diferenciándose en que la boleadora utiliza pesos grandes, del tamaño de una bola de billar, próximos a los 500 gr., mientras que la honda puede manejar también pesos pequeños. Proyectiles de honda de 40 o 50 gr. se han empleado comúnmente a lo largo de toda la historia con notable eficacia, desarrollando un impacto "hiriente" a gran velocidad y alcance. La boleadora de dos o tres pesos funciona por enrollamiento, trabándose enérgicamente a la presa, bien a las patas o a otras partes del cuerpo, inmovilizándola.

114 Aunque suponemos un origen paleolítico para ambas armas, las sombras de la prehistoria se ciernen sin embargo sobre ellas, siendo preciso recurrir a procedimientos indirectos, a hipótesis verosímiles, a la imaginación razonable en suma, para intuir y rastrear su aparición y desarrollo. Sólo a partir del neolítico aparecen registros inconfundibles, los proyectiles de cerámica, que demuestran la existencia de la honda de manera palpable entre los primeros ganaderos de la historia.

En cuanto a la boleadora, si bien existen registros arqueológicos de bolas y poliedros desde el Paleolítico Inferior y Medio, no es segura su adscripción a este uso. En el caso de las bolas, sin embargo, cabe suponer, entre otros usos, el de pesos de boleadoras, dado que a veces aparecen en grupos de dos o tres, a semejanza de las boleadoras tradicionales<sup>1</sup> (fig.1). Los poliedros aparecen antes que las bolas, y cabría suponerles un uso semejante, más primitivo que el de las sofisticadas y bien redondeadas bolas. El buen acabado de estas últimas está sin duda relacionado con su envolvimiento en piel, que hubiese sido destrozado por las aristas de los poliedros en el choque contra el suelo. Los poliedros, de ser utilizados como boleadoras, habrían empleado un tipo de sujeción por encordado, fácilmente realizable y seguro debido precisamente a su forma. Hay que



Figura 1: Bola paleolítica.  
Museo Arqueológico Nacional. Madrid

observar que las aristas de los mismos aparecen desbastadas o corregidas, lo cual pudiera ser intencionado para no dañar por corte las cuerdas de amarre, y también por un uso repetido como boleadora, que implica su fricción contra el suelo. Otros usos de los poliedros, como percutores o machacadores de semillas, en nuestra opinión no presentan mayores probabilidades de certeza, dado lo innecesario de su forma para el primer uso y la no utilidad de la abrasión de las aristas para el segundo (fig.2).

En cuanto a los tamaños de poliedros y bolas hay que decir que son adecuados al uso como boleadoras, a pesar de sus variaciones, sobre todo si se admite que las primitivas boleadoras podían ser también de un solo peso, como fueron algunas de las usadas por los indígenas americanos desde tiempos remotos. En efecto, el tamaño de los poliedros oscila entre 3,5 y 9 cm, lo que sugiere, de ser cierta nuestra hipótesis, el empleo de boleadoras adaptadas a la caza de diferentes piezas. La boleadora inicial debió consistir en un único poliedro encordado, que simplemente permitía un lanzamiento del proyectil a mucha mayor distancia que con la mano. Sería, pues, en principio un arma de impacto. Posteriormente debió de adaptársele un pequeño mango a la cuerda de propulsión, para facilitar esta tarea de lanzamiento y hacerlo más preciso.

Se descubriría pronto la utilidad de este mango en una nueva función del arma distinta de la de impacto: la de enrollamiento en las patas de los animales. Así nacería la boleadora de dos y tres pesos. Esta pudo muy bien ser la secuencia de invención de las boleadoras en los tiempos primitivos. Todavía en los tiempos recientes se han usado boleadoras de dos pesos en las que uno es más pequeño y de madera, desempeñando esta función de mango en el volteo, además de la de peso adicional para el enrollamiento en las patas de la presa (fig.3).

Las bolas parecen ser las herederas evolucionadas de esta boleadora primitiva de poliedros.



Figura 3: Boleadora con peso de madera.  
Museo de América. N° Inv. 7821



Figura 2: Poliedro lítico.  
Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

Su cuidada redondez facilita el rodamiento por suelo, prolongando la eficacia del arma como trabadora de patas. Su envolvimiento en cuero es preciso para asegurar la sujeción, no restando eficacia al arma la envoltura al no utilizarse ya el efecto de impacto. Sin embargo, no se puede olvidar que el excesivo peso de muchas bolas paleolíticas, superior a veces a los 600 gr., nos está indicando un uso claramente no exclusivo de las bolas como boleadoras. Aquí sí, su forma pulida es apta para el uso como triturador de semillas, haciéndola rodar sobre ellas, o para otros usos de tipo doméstico.

De esta boleadora enfundada en cuero pudo muy bien derivar la aparición de la honda en tiempos del Paleolítico Medio. Es muy tentador imaginar, en boleadoras de dos pesos, o mejor, de un peso con mango, accidentes de desatado o descosido de la funda de piel durante el volteo o lanzamiento, y a aquellos primitivos antecesores nuestros admirados al contemplar como la bola se proyectaba directa a gran velocidad sobre la pieza. Sin duda intentarían repetir el fenómeno, ensayando ataduras autoliberables, hasta que finalmente dieron con la solución de prolongar la cuerda de atado hasta la mano que sostenía el mango, y a liberarla en el momento oportuno del lanzamiento. Ya no serían necesarias, para este uso como arma de impacto, las cuidadas bolas, ni siquiera los primitivos poliedros. Bastaría cualquier piedra natural más o menos redondeada. Había nacido la honda, quizás en esa forma inicial de honda de mango.

Su uso en el Paleolítico Superior, podría haber dejado registro a través de algunos artefactos realizados en hueso, material ampliamente utilizado en el Magdaleniense. Nos referimos a los bastones perforados, que además del uso principalmente admitido como enderezadores de astiles de azagaya, son susceptibles de otros usos, según especímenes, entre los que cabe el de fustes o mangos de hondas<sup>2</sup>. La utilización abundantísima de propulsores de azagaya en este periodo, el arma reina del mismo, de complejidad tecnológica semejante a la honda de fuste, nos inclina más aún a imaginar su uso. Posteriormente, en época neolítica, si no se había hecho ya con anterioridad, la aparición de la guerra organizada entre poblados requirió o generalizó una adaptación de la primitiva honda de caza, simplificándola y haciéndola más rápida de carga. Se suprimiría el mango y se adoptaría ya el diseño definitivo que ha perdurado hasta nuestros días.

116

## II. ORIGEN DE LAS HONDAS Y BOLEADORAS EN AMÉRICA

La aparición de la boleadora y la honda en América está ligada al poblamiento inicial de este Continente por los hombres del Paleolítico que, en sucesivas migraciones desde el Norte de Asia, cruzaron hacia América en tiempos bastante remotos, utilizando posiblemente diversos procedimientos según las épocas. No entraremos en el problema de las posibles rutas migratorias, ni de las épocas sugeridas, cada vez más tempranas, siendo igual para nuestros intereses la realidad de una ruta terrestre por el puente de Beringia formado en la última glaciación americana, la ruta marina siguiendo el arco de las islas Aleutianas, o la ruta marina directa por el estrecho de Bering, que en tiempos tan tempranos como entre los 60.000 y 25.000 años tenía una anchura muy reducida, de unos 10 a 20 Km., posiblemente superable incluso para los hombres del Paleolítico. Nos parecen mucho menos probables otras teorías relativas a migraciones desde Australia, Polinesia, etc. Es únicamente interesante para nosotros la posibilidad de que aquellos primitivos hombres pudieran transportar, entre otros elementos de su cultura material, la honda y la boleadora en su largo camino migratorio. Nos parece esta hipótesis de la introducción de estas armas, más verosímil que el desarrollo autóctono americano posterior, quizás en tiempos neolíticos en el caso de la honda, como algunos autores sostienen también para el continente euroasiático.

Al menos para la boleadora hay registros arqueológicos muy tempranos en América, como el yacimiento de Monte Verde (Chile), con dataciones en torno al 13.000 a. de C. Y aquí sí, sin ninguna ambigüedad como en el caso de las bolas paleolíticas, se trataría de auténticas boleadoras, dado que además de bolas lisas aparecen bolas con entalladura perimetral para la sujeción de cordaje, que sólo

es atribuible a este uso<sup>3</sup>. Otros yacimientos tempranos con registro de bolas son el de Marazzi y el de Los Todos. El abrigo de Marazzi, al norte de Tierra de Fuego, presenta un nivel inferior con datación próxima al 10.000 a. de C., en el que hay registradas dos bolas de diorita, mientras que en el nivel medio, con datación alrededor del 5.500 a. de C., su aparición es más abundante<sup>4</sup>. La gruta número 3 del yacimiento de Los Toldos, en Santa Cruz, presenta una secuencia completa del Paleolítico de la Patagonia y en los niveles 6 y 7, datados alrededor del 7.500 a. de C., aparecen numerosas bolas también<sup>5</sup>.

Sin existir ningún inconveniente para admitir la desaparición de las armas en estudio en determinadas épocas y lugares, y su reinvencción en otras posteriores y lugares adecuados, parece que su utilidad ha tenido continuidad en casi todas las épocas en determinados ambientes, por lo que estamos tentados a inferir su existencia permanente en aquellos escenarios donde resultaban eficaces. Así en las zonas árticas, donde incluso en la actualidad se han empleado boleadoras y hondas por determinados pueblos esquimales. Lo mismo en ambientes despejados de vegetación arbórea, como las altiplanicies andinas o las pampas argentinas y Patagonia, escenarios que entrarían en escena al remitir la glaciación. Es muy posible, pues, que el hombre paleolítico asiático usara ambas armas y las siguiera utilizando, durante y después de su poblamiento del nuevo continente. Al contrario que la boleadora, la honda no arroja registros tan tempranos, debido muy posiblemente a la naturaleza perecedera de sus materiales, y al no requerir sus proyectiles ninguna elaboración identificable. Hay que insistir en que el tipo de vida y usos en áreas como el cono sur americano, basado en la caza de determinadas especies, no parece haber cambiado desde los tiempos originales, por lo que la presencia allí de la honda en épocas recientes, nos hace pensar en su uso también desde el origen.

117

Finalmente hay que señalar, aunque sea someramente, que el empleo de la boleadora en América ha sido adecuado para la caza de herbívoros de gran tamaño, excluida la megafauna, arrojada generalmente a las patas de los animales en huida, en las que se enrollaría haciéndoles caer. Desde el caribú del Norte hasta los abundantes guanacos y vicuñas, antecesores de llamas y alpacas, así como el ñandú, avestruz autóctono, han sido el objetivo tradicional de las boleadoras indígenas americanas. También se debieron usar como arma de impacto contra piezas más pequeñas, usando entonces la boleadora de un solo peso. En cuanto a la honda, se usaría para la caza menor fundamentalmente, siendo muy eficaz contra las aves, conejos, etc. El inconveniente de ambas armas era que requería su volteo previo al disparo, fácilmente detectable por las piezas, por lo que su empleo tendría que ir asociado a técnicas venatorias de aproximación y camuflaje, acecho en lugares de paso, reclamo, etc., técnicas empleadas hábilmente desde la más remota antigüedad. Para la honda, además, hay que reclamar su uso como arma defensiva contra depredadores que a veces disputarían las presas cazadas, o atacarían al hombre. Y naturalmente ambas, la honda y la boleadora de impacto de un solo peso, jugarían un importante papel en la guerra entre pueblos y, como no, en las confrontaciones con los conquistadores españoles.

### III. LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y LA AMÉRICA HISPANA

Mucho antes de que la arqueología apareciera en la historia, la propia historia nos ha dejado abundantes e insuperables testimonios sobre la existencia y uso de boleadoras y hondas en Sudamérica. Cronistas de la conquista primero y evangelizadores después, nos han descrito a lo largo

del siglo XVI y XVII, con admirable detalle de naturalistas y etnólogos, - que a veces lo fueron los segundos-, escenas de guerras y usos y costumbres asociados a estas armas. Marineros exploradores y científicos de los siglos XVIII y XIX, como Cook y Darwin, han reavivado el conocimiento de esos usos indígenas, descubriéndolos incluso en remotos rincones de la América austral y en la Isla de Fuego. Finalmente la arqueología y la etnografía han recuperado para la posteridad numerosos especímenes de bolas, boleadoras y hondas que se remontan hasta épocas precolombinas y de los cuales el Museo de América conserva destacados ejemplares, algunos de los cuales reproducimos aquí.

### - Hondas aztecas

El cronista mayor de las Indias, Antonio de Solís, nos relata con magníficas dotes literarias el primer enfrentamiento serio de los españoles con los indios de Yucatán, en torno a la ciudad de Tabasco que previamente habían tomado, y al referirse a aquellos escribe: *“Describiremos como venían y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demás ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de la Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, o correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplían la falta de hierro con puntas de hueso y espinas de pescado. Usaban también un género de dardos, que jugaban o despedían según la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimían a dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerían, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que se encargaban a los más robustos: y había indios pedreros, que revolvían y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza”* (Solís, 1970: 62).

Así pues las armas principales de los aztecas eran el arco y el propulsor de azagayas, que los españoles llamaban tiradera o estólica, mientras que los aztecas *atlatl*. Era también su arma principal en la lucha cuerpo a cuerpo la macana, peculiar espada de madera ribeteada de afiladísimas cuchillas de sílex, capaz de segar el cuello de una caballería de un solo tajo. La honda era también hasta tal punto importante que existían cuerpos especializados de honderos en el ejército.

Cuando los españoles llegan a la ciudad de México, Solís describe el esplendor y grandeza del Palacio de Moctezuma y se refiere así a su armería: *“No se conocía menos la grandeza de Moctezuma en otras dos casas que ocupaban su armería. Era la una para la fábrica y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivían y trabajaban todos los maestros de esta facultad... en una parte se adelgazaban las varas para las flechas: en otra se labraban los pedernales para las puntas; y en cada género de armas ofensivas y defensivas tenían su obrador y sus oficiales distintos... La otra casa, cuyo edificio tenía mayor representación, servía de almacén, donde se recogían las armas, después de acabadas... y de allí se repartían a los ejércitos y fronteras... En lo alto se guardaban las armas de la persona real colgadas por las paredes con buena colocación: en una pieza los arcos, flechas y aljabas con varios embutidos y labores de oro y pedrería: en otras las espadas y montantes de madera extraordinaria con sus filos de pedernal, y la misma riqueza en las empuñaduras: en otras los dardos, y así los demás géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras”* (Solís, 1970: 194).

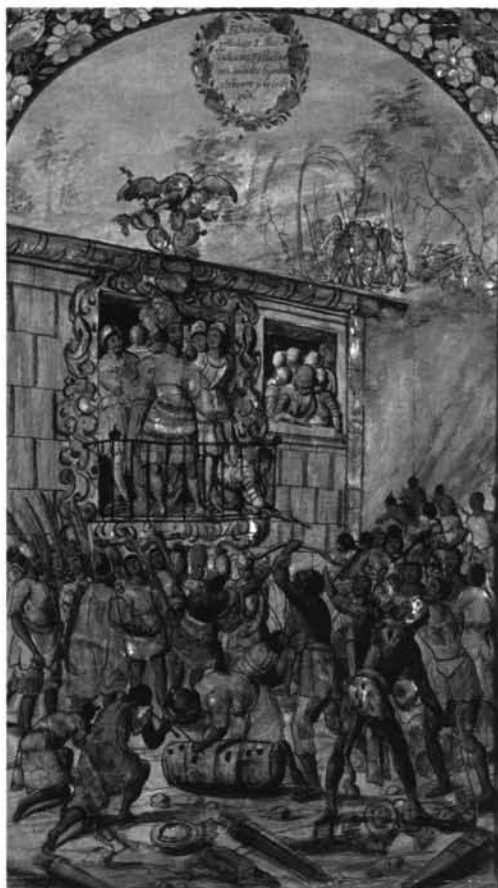


Figura 4: Pedrada a Moctezuma, enconchado de la serie La Conquista de México. Museo de América. N° Inv. 116.

La diplomática y amistosa acogida de Moctezuma a los españoles, sin duda pretendiendo tenderles una trampa, más exitosa que un enfrentamiento directo en la guerra, no logra engañarles y deciden hacerle prisionero en su residencia en la ciudad. Preso Moctezuma, tiene lugar una sublevación en ausencia de Cortés, quién vuelve con su tropa y le dejan entrar de nuevo en el recinto, sin duda para combatirle allí dentro, cerrando los puentes de la laguna. Relata así Cortés el enfrentamiento: *“El cual mensajero volvió dende a media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venían de guerra y que tenían todas las puentes alzadas y junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gentes por todas partes, que ni las calles ni las azoteas se parecían con la gente; la cual venía con los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se pueda pensar y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía y las flechas y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas...Y el dicho Mutezuma, que todavía estaba preso y un hijo suyo, con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen a las azoteas de la fortaleza y que él hablaría a los capitanes de aquella gente y les*

119

*harían que cesase la guerra. Y yo le hice sacar y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que a los tres días murió...”* (Hernán Cortés, 1987: 156, 157).

El pueblo descontento con la equívoca conducta de Moctezuma, había decidido deponerle, por lo que sus palabras de apaciguamiento provocaron de nuevo la ira de los mexicanos, que le acometen con hondas y arcos. El suceso del hondazo a Moctezuma aparece representado en una de las tablas de la colección de 24 enconchados, relativos a la serie de *La conquista de México*, que se conserva en el Museo de América, realizada en 1698 por Juan y Miguel González (fig. 4).

#### - Hondas incas

A la llegada de los españoles el imperio inca había llegado a su máxima dimensión y empezaba a descomponerse, encontrándose dividido y en lucha los dos hijos del último rey inca Guana-Cápac. Aunque el heredero era el primogénito Huáscar, su hermano Atahualpa controlaba Quito, donde se

hizo con un poderosos ejército que consigue derrotar al de Huáscar, que más tarde acabaría asesinado. Cuando Atahualpa se disponía a marchar a Cuzco, se entera del desembarco de los españoles y decide esperarlos en Cajamarca

Cuando en 1531 llega Pizarro a Perú por segunda vez, acompañado de sus hermanos y 200 hombres en tres naves, desembarca en el norte del país y tras cruzar los Andes entra en Cajamarca, donde con una brevedad sorprendente apresa a Atahualpa y desbarata su ejército, haciéndose con el control del Imperio Inca. Fernández de Oviedo, cronista indirecto de la conquista, hizo una amplia recopilación de información sobre la misma, y nos describe las armas de los incas: *“Las armas que se hallaron, con que estas gentes hacen la guerra, e la manera de pelear son éstas. En la delantera vienen honderos, que tiran con sus hondas piedras guijeñas, lisas, hechas a mano, de hechura de huevos e tan grandes como ellos; y estos honderos traen rodelas, que ellos hacen de tablillas angostas, bien fuertes; traen jubones colchados de algodón. Tras estos vienen otros con porras e hachas de armas. Las porras son tan luengas las astas como una braza e media, e de a braza, de gordor de una lanza jineta; la porra que está al cabo engastonada, es de metal e tan gruesa como el puño, con cinco o seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas a dos manos. Las hachas son del mismo tamaño e mayores ... Algunas de estas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales. Tras éstos vienen otros con lanzas pequeñas, arrojadixas como dardos. En la retroguarda vienen piqueros”* (Fdez. de Oviedo, 1957: Tomo121: 59). Por su parte el padre Bernabé Cobo, en su *Historia del Nuevo Mundo*, se refiere con algún detalle más a los honderos incas, *“de lejos peleaban con hondas hechas de lana o cabuya [cáñamo del país], en que eran grandes certeros. Usábanlas casi todos los de este reino, particularmente los serranos, que eran extremados honderos”* (Cobo, 1890: 254).

120

Otra fuente de información sobre la honda la encontramos en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, pues al hablar de los tributos que debían pagar los pueblos indígenas a los incas nos refiere que aparte del tributo principal, había un segundo *“.. que era hacer de vestir y de calzar, y armas para el gasto de la guerra y para la gente pobre...Las armas se hacían en las tierras que tenían abundancia de materiales para ellas. En unas hacían arcos y flechas, en otras lanzas y dardos; en otras porras y hachas, y en otras hacían hondas y sogas de cargar...”* (Garcilaso, 1963: 156). Y al referirse al aprendizaje o investidura militar al que se sometía a los jóvenes, manifiesta que se daban insignias o títulos de varón a los mozos de sangre inca, habilitándolos así para ir a la guerra o tomar estado y *“para darles estas insignias que las diremos adelante, pasaban los mozos que se disponían a recibirlas por un noviciado rigurosísimo que era ser examinados en todos los trabajos y necesidades que en la guerra se les podían ofrecer...Les hacían luchar unos con otros los más iguales en edad, y que saltasen y tirasen una piedra chica o grande, y una lanza y un dardo, y cualquier otra arma arrojadiza. Hacíanles tirar al terrero con arcos y flechas para ver la destreza que tenían en la puntería y uso de estas armas...Lo mismo les hacían hacer con las hondas, mandándoles tirar a puntería y a lo largo...habían de saber hacer de su mano todas las armas ofensivas que en la guerra hubiesen menester, a lo menos las más comunes... como un arco y flecha, una tiradera... con amiento de palo o cordel, una lanza de punta azuzada en lugar de hierro; una honda de cáñamo o esparto...”* (Garcilaso, 1963: 224).

Otros cronistas de Indias nos complementan la información sobre la honda, así, según Horacio H. Urteaga (1931) las hondas de guerra eran monocolors, de lana y cuero, y las de los principales eran realizadas con magníficos trenzados de varios colores y dibujos, y algunas llevaban



hilos de plata y oro como adorno. Cieza de León (2000) nos relata que los honderos eran una de las tropas mas numerosas del ejército y que la escolta real estaba compuesta de 5.000 de estos. Los proyectiles, como ya se ha visto, eran labrados para dotarles de mayor precisión, y a veces se usaban también proyectiles incendiarios. Pedro Pizarro nos narra, al referirse al cerco de



Figura 5: Cerámica nazca.  
Museo de América. N° Inv. 8210.

Cuzco, que *“Para quemar los aposentos donde estabamos, hacían un ardid, que era tomar varias piedras redondas y hechadas en el fuego, y asellas ascuas; envolvíanlas en unos algodones, y poniéndolas en hondas las tiraban a las casas donde no alcanzaban a poner fuego con las manos”* (Pizarro, 1944: 103).

Y respecto a la eficacia de las hondas incas, el mismo Pedro Pizarro da testimonio en su relato de los acontecimientos del citado sitio de Cuzco, *“Está este Cuzco arrimado á una sierra por la parte donde está la fortaleza, y por esta parte bajaban los indios della hasta junto á unas casas questán junto á la plaza que*

*eran de Gonzalo Pizarro y Joan Pizarro su hermano, y de aquí nos hacían mucho daño; que con hondas echaban piedras en la plaza sin podérsele estorbar”* (Pizarro, 1944: 100-105). Y cuando Hernando Pizarro, que tenía el mando supremo, decide ir a conquistar una fortaleza inca próxima, que era el punto clave del ataque inca: *“...sucedió que dende un anden tiraron una piedra grande á un soldado que se decía Pedro del Barco, y acertándole en la cabeza, dieron con él en tierra sin sentido, y viéndolo Joan Pizarro que estaba cerca arrojóse a favorecelle, y aquí le dieron una gran pedrada en las quijadas de questuvo lastimado...y el Joan Pizarro se quedó con los de á caballo á causa de que no se podía poner armadura en la cabeza por estar entrapajado por la herida que tenía en una quijada como dije el día antes le dieron...y llegados á otra albarrada de otra puerta que adelante había, fueron sentidos de los indios y empezaron á echar tanta piedra que cuajaba el suelo...”* (Pizarro, 1944: 106-108). Los españoles empiezan a retirarse, pero Juan Pizarro, a pesar de su herida, reconduce el ataque: *“Y estando batallando con ellos para echallos de allí, Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga, y con las muchas pedradas que tiraban le acertaron una en la cabeza que le quebraron los cascos, y dende a quince días murió”* (Pizarro, 1944: 108).

Al referirse también al asedio de Cuzco por los incas de Manco Cápac, Alonso Enriquez de Guzmán, que acompañó a Hernando Pizarro y peleó en el sitio, hace también referencia a las armas de los indios: *“Y la prinçipal arma que tienen, que é dexado para la postre, y lo que más usan dende que nasçen, que le ponen una honda en la cabeça por bonete, con la cual arrojan una piedra muy gorda que mata un cavallo e algunas vezes al cavallero, aunque le den en un casquete. En verdad que son poco menos que un arcabuz. Yo he visto de una pedrada con la dicha honda haçer dos pedazos una espada vieja que tenía un hombre en las manos, dende treinta pasos”* (Enriquez de Guzmán, 1886: 270).

Por otra parte, las referencias iconográficas de la honda en el antiguo Perú son abundantes, daremos como ejemplo los *queros* Incas en los que aparecen representados honderos con la honda en las manos, amarrada a la cintura o envueltas alrededor de la cabeza, o la cerámica nazca en cuyas representaciones es frecuente que los personajes la lleven alrededor de la cabeza, con la banda ancha en la frente (fig. 5). Pero son especialmente importantes las ilustraciones de realismo ingenuo de la crónica de Guamán Poma de Ayala, *Primera Nueva Crónica y Buen Gobierno* escrita entre 1587 y 1615 y que relata la historia, sucesos y costumbres del Perú, desde los tiempos mitológicos hasta los primeros años de la colonización. En muchos de estos dibujos aparece representada la honda en manos de guerreros, de labriegos cuidando sus cosechas de los pájaros y zorrillos, en ritos y costumbres populares y en manos de los reyes o Ingas, como en éste (fig.6) que representa al noveno Inga, llamado Pachacuti Inga Yupangui, con las dos armas más características de los incas: la honda, con la que disparaba proyectiles de oro a sus enemigos y la maza de estrella.



Figura 6: Pachacuti Inga.  
Dibujo de Huaman Poma de  
Ayala



Figura 7: Honda peruana actual, realizada en lana de alpaca.

con hermosos penachos... Pelean con varas y estóricas e lanzas de treinta palmos, e con piedras e hondas (Fdez. de Oviedo, 1959: Tomo 121: 239). Y al referirse a los indios de Bogotá nos dice que: "Traen unos paveses huecos, o con tales senos hacia el que le tiene para su defensa, que allí meten sus arcos y flechas, y las lanzas con que pelean, y las hondas y piedras que tiran..."(Fdez. de Oviedo, 1959: Tomo 119:113).

Hasta en el extremo sur del continente, en torno al extremo de Magallanes, diversas etnias indígenas se servían de la honda, entre otras armas, para la caza. Hay que citar que estos pueblos cazadores hacían generalmente sus hondas de piel, siendo estas muy primitivas y prácticas, al contrario que los pueblos ganaderos y cultivadores, que las hacían tejidas en lanas o fibras vegetales, siendo muy elaboradas y artísticas a veces.

En efecto, el tejido de hondas en las mesetas andinas ha constituido desde tiempos remotos, quizás desde el desarrollo del pastoreo de llamas y alpacas por las culturas neolíticas americanas, una labor de alta calidad, insertada plenamente en el marco de la artesanía textil andina. Tradición que se conserva hasta nuestros días y cuya pervivencia esta asociada tanto al pastoreo como al folklore. Las hondas en la región andina se utilizan también como adorno y en danzas tradicionales, llevándose a

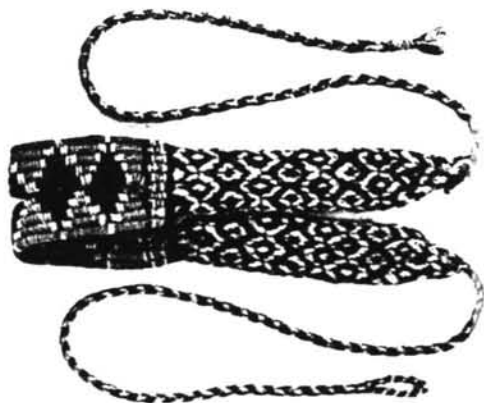


Figura 8. Honda boliviana actual.

El uso de la honda en América del Sur no se limitó a Perú y México ni tampoco a los pueblos serranos como es lugar habitual. Aparece también a lo largo de la costa de Chile, Norte y Sur de Argentina, Bolivia, Venezuela, Colombia y Ecuador. Así, al hablar de la gente de la provincia de Quito Fernández de Oviedo nos narra que "*En sus batallas e guerras usan los indios traer banderas, y escuadras bien ordenadas, e muchas trompetas e gaitas, o ciertos instrumentos musicales que suenan muy al propósito como gaitas e atambores e rabeles; e sus personas*

*con hermosos penachos... Pelean con varas y estóricas e lanzas de treinta palmos, e con piedras e hondas* (Fdez. de Oviedo, 1959: Tomo 121: 239). Y al referirse a los indios de Bogotá nos dice que: "*Traen unos paveses huecos, o con tales senos hacia el que le tiene para su defensa, que allí meten sus arcos y flechas, y las lanzas con que pelean, y las hondas y piedras que tiran...*"(Fdez. de Oviedo, 1959: Tomo 119:113).

Hasta en el extremo sur del continente, en torno al extremo de Magallanes, diversas etnias indígenas se servían de la honda, entre otras armas, para la caza. Hay que citar que estos pueblos cazadores hacían generalmente sus hondas de piel, siendo estas muy primitivas y prácticas, al contrario que los pueblos ganaderos y cultivadores, que las hacían tejidas en lanas o fibras vegetales, siendo muy elaboradas y artísticas a veces.

En efecto, el tejido de hondas en las mesetas andinas ha constituido desde tiempos remotos, quizás desde el desarrollo del pastoreo de llamas y alpacas por las culturas neolíticas americanas, una labor de alta calidad, insertada plenamente en el marco de la artesanía textil andina. Tradición que se conserva hasta nuestros días y cuya pervivencia esta asociada tanto al pastoreo como al folklore. Las hondas en la región andina se utilizan también como adorno y en danzas tradicionales, llevándose a

modo de cinturón, sobre los hombros o se hacen oscilar extendidas entre los brazos, etc. Estas hondas no suelen tener bolsa y están profusamente decoradas a lo largo de su longitud con borlas, bordados, etc.<sup>6</sup>. Ejemplo de ellas son dos piezas, una relativa a una honda peruana actual de alpaca (fig. 7), en la que uno de sus extremos termina en un anillo para su sujeción en un dedo, generalmente el dedo medio, que la retendría después del disparo, mientras que el otro, terminado en una pequeña borla, es el extremo de disparo, el que se suelta para liberar la piedra en el momento adecuado del mismo. La pequeña borla hace un ruido o restallido característico, debido al efecto de lati-

gazo que se produce al disparar. La bolsa, o parte central de la honda donde va colocada la piedra es, en este ejemplar, de dos bandas, o bolsa dividida, que permite una buena adaptación a todo tipo de proyectiles y presenta menos resistencia al aire en el momento de disparo que las bolsas enteras o de cazoleta. La segunda se corresponde con una honda boliviana actual, de magnífico diseño y decoración

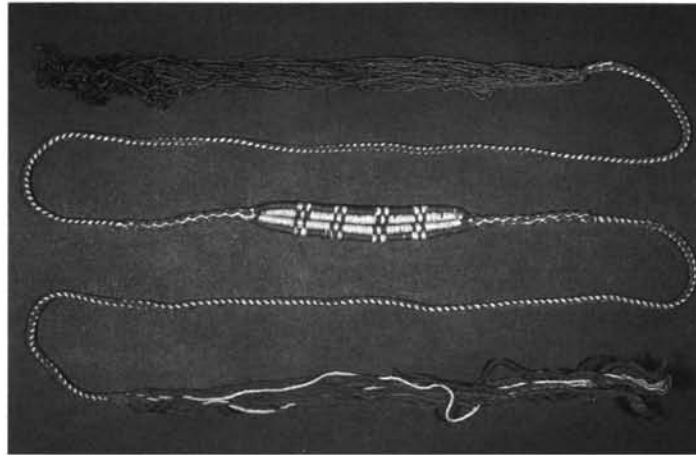


Figura 9: Honda ceremonial inca. Museo de América. N° Inv. 14.790

(fig.8). Los extremos de disparo y sujeción son similares a los de la honda anterior, pero la bolsa, también formada por dos bandas anchas, se prolonga estrechándose y cambiando el diseño decorativo. El Museo de América posee una reducida pero interesante colección de especímenes arqueológicos andinos, de época precolombina. Son labores de alta calidad, correspondientes a ejemplares ceremoniales

y de ajuar funerario realizados en lana de alpaca. Otras son en fibra vegetal, de fino tejido y diseño. La primera que mostramos (fig. 9) tiene una bolsa muy amplia, abierta, formada por dos cordones dobles y los extremos de la honda son aborlados, muy largos, mostrando claramente, junto con el diseño de la bolsa, su propósito ceremonial<sup>7</sup>. La segunda (fig.10), conservada parcialmente, muestra el fino diseño de la bolsa, entera pero con una pequeña hendidura central para facilitar el acomodo del proyectil. Reborde de distinto color y cordones de sección y diseño diversos<sup>8</sup>. La tercera (fig.11), de fibra vegetal, es extraordinariamente larga, con bolsa amplia formada por escisión de la trenza en dos cordones, que cambian la sección de circular a cuadrada, y la trenza es muy fina y bien elaborada<sup>9</sup>. Por último, la cuarta (fig.12), de fibra vegetal también y trenza finamente elaborada, tiene una bolsa de bello diseño en malla, aunque se conserva incompleta<sup>10</sup>.

124



Figura 10: Honda inca. Museo de América. N° Inv. 84/5/6

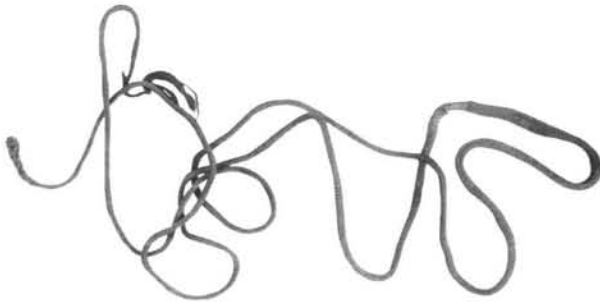


Figura 11. Honda andina. Museo de América. N° Inv. 70.247



Figura 12: Honda andina. Museo de América. N° Inv. 84/5/4

### - Boleadoras argentinas

Así como Perú es el área reina de la honda, Argentina lo es de la boleadora, aunque como ya se ha manifestado ambas armas se han usado, con mayor o menor énfasis, en casi toda la América hispana, excluyendo zonas amazónicas y de gran vegetación. Y hay que señalar también, que así como la honda es fundamentalmente una arma de guerreros y pastores, la boleadora lo es de cazadores y ganaderos, aunque también haya sido usada en la guerra.

Las primeras referencias a las mismas las encontramos en la crónica del Ruí Díaz de Guzman, referida a la entrada en el Río de la Plata, en 1535, de Don Pedro de Mendoza, nombrado Adelantado y Gobernador de aquellas provincias, al referirse a los sucesos que acontecieron a la armada que llevaba: *"Y llegados a un desagadero de la laguna, descubrieron de la otra parte más de dos mil indios de guerra, que teniendo aviso de sus espías [...] estaban todos muy alertas, y en orden de guerra con mucha flechería, dardos, macanas y bolas arrojadizas, tocando sus bocinas y cornetas, puestos en buen orden...prosiguiendo la escaramuza, hiriendo y matando a los que podían, hasta que con los dardos y las bolas fueron los indios derribando algunos caballos. Don Juan Manrique [...] cayó del caballo, acudiendo Don Diego a socorrerle, no lo pudo hacer tan presto que primero no llegase a él un feroz bárbaro, que le cortó la cabeza, a quien luego Don Diego le atravesó la lanza por el cuerpo, y a él le dieron un golpe muy fuerte en el pecho con una bola, de que luego cayó sin sentido"* (Díaz de Guzmán, 2000: 110-111). En aquellas refriegas contra los indios querandíes, en el sitio donde fundaron la ciudad de Buenos Aires, perderían la vida Don Diego de Mendoza (hermano del Adelantado) y muchos de sus capitanes, así como un gran número de soldados.

También Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y Natural de las Indias*, nos hace una extraordinaria y detallada descripción de estas bolas arrojadizas usadas por los indios guaraníes, rescatando para la historia de las armas cómo eran algunas de las bolas indígenas, que no serían adoptadas después por los gauchos y desaparecerían finalmente: *"Tengo averiguado con muchos testigos de vista, que ciertos indios que en el río de la Plata se llaman los guaraníes, usan cierta arma, y no todos los indios son hábiles para ella sino los que he nombrado; ni se sabe si este nombre guaraní es del hombre o de la misma arma, la cual ejercitan en la caza, para matar los venados, y con la misma mataban a los españoles, y es desta forma. Toman una pelota redonda de un guijarro pelado, tamaño como el puño, e aquella piedra átanla a una cuerda de cabuya, y tan luenga como cincuenta pasos e más o menos, e el otro cabo de la cuerda átanlo a la muñeca del brazo derecho, en el cual traen revuelta la cuerda restante holgada, excepto cuatro o cinco palmos della que, con la piedra, rodean e traen alrededor, como lo suelen hacer los fundibularios. Mas, así como el que tira con la honda, rodea el brazo una o dos veces antes que salga la piedra, estotros la mueven alrededor en el aire, con aquel cabo de la cuerda de que está asida, diez o doce vueltas, para que con más furiosidad e*

*fuerza vaya la pelota; e cuando la suelta, en el instante extiende el indio el brazo, porque la cuerda salga libremente, descogiéndose sin algún estorbo. E tiran tan cierto como un diestro balletero, e dan adonde quieren, a cincuenta pasos e más e menos, hasta donde puede bastar la trailla. E en dando el golpe, va con tal arte guiada la piedra, que así como ha herido, da muchas vueltas la cuerda al hombre o caballo que hiere, e trábase con él de manera, en torno a la persona o la bestia que tocó, que con poco que tira el que tiene la cuerda atada al brazo, da en el suelo con el hombre o caballo a quien ha herido”*(Fdez. de Oviedo, 1959: Tomo 117: 195). Es interesante el dato del tamaño de la bola, de un puño (7-8 cm), que correspondería a un peso de 500 gr. más o menos, sólo un poco inferior a la media de las bolas y poliedros paleolíticos, algunos de los cuales posiblemente se lanzaban de la misma manera.

En un capítulo posterior repite el relato, consciente, como buen naturalista, de la importancia del tema por lo desconocido en el viejo mundo, y añade incluso algunos nuevos detalles, como el que la cuerda era del grosor de medio dedo. Modifica la longitud, diciendo que era de cien pasos y que los indios más expertos podían lanzar a esta distancia. Insiste en que al contrario que las hondas, que se voltean una o dos veces, este arma se volteaba diez o más, para conseguir un gran impulso. Dice también que entre los más de dos mil españoles que fueron con Don Pedro de Mendoza, algunos de los cuales eran muy hábiles, ninguno fue capaz de aprender a tirar las bolas como los indios, a pesar de intentarlo innumerables veces.

126

Dado que las bolas de boleadora, elaboradas con rocas duras del tipo de la diorita y el granito provenientes de las sierras del Tandil y Olavarría, son lo más característico de la cultura lítica pampeana, así como algunos “sobadores” de pieles, la boleadora no sólo era usada por los guaraníes, sino también por otros grupos dispersos, como los querandíes, que ocupaban las extensas llanuras pampeanas al sur y al norte de Buenos Aires, dedicados a la recolección y a la caza del ñandú por medio de las mismas. Estas boleadoras, llamadas después *ñanduceras* por los argentinos, eran de dos bolas unidas por una cuerda y se lanzaban al cuello del ave, sobre el cual se enrollaban.

También eran características de los tehuenches y tehuelches que ocupaban toda la Patagonia hasta el estrecho de Magallanes, donde sorprendieron al marino por su corpulencia de gigantes, atribuyéndoseles el nombre de patagones (personaje literario de la época) y a la tierra que ocupaban el de Patagonia. El arma principal de estos pueblos, recolectores y cazadores nómadas de guanacos y ñandúes, era la boleadora de dos piedras, el arco y en menor medida la honda. Mientras que los mapuche chilenos que ocupaban los valles de la cordillera andina, llamados araucanos por los españoles debido a su espíritu indómito y guerrero e inmortalizados por Ercilla en *La Araucana*, las usaron de tres piedras tanto en la caza como en las infatigables guerras, primero contra los incas y después contra los españoles.

Empujados por la guerra con los españoles, los mapuche comenzaron a entrar en el actual territorio argentino a partir del siglo XVII, lo que significó un cambio considerable, tanto para las culturas autóctonas como para ellos mismos. Con la proliferación del caballo en ambiente salvaje, debido a la abundancia de pastos, y tras su captura, los indígenas se convirtieron en excelentes jinetes aprendiendo entonces a utilizar sus boleadoras desde el caballo, lo que la convirtió en su arma principal y aumentó enormemente su eficacia de cazadores. En general todas las etnias indígenas, a pesar de lo inmenso del territorio argentino, se vieron profundamente influidas por la llegada y el



Figura 13: *Laques*.  
Museo de América. Nº Inv. 7834



Figura 14: *Ñanducera*.  
Museo de América. Nº Inv. 7822

en 1771 y escritas por Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, describen con gran colorido a los gauderios de Uruguay: *“Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarra, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre sus amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos [...]. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otros o lo toman de la campaña, enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman “rosario”. También cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que forran de cuero, para que el caballo se enrede con ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman a los caballos, que no quedan de servicio. Muchas veces se juntan de estos cuatro o cinco y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo...”*(Concolorcorvo, 1959: Tomo 122:290).

El gaucho argentino del siglo XIX desarrolló unos rasgos algo diferentes. Hábiles jinetes, se caracterizaron por su destreza física, su altivez, su carácter reservado y melancólico, aunque no

establecimiento colonial de los españoles. El impacto del caballo y su extraordinaria proliferación en libertad cambió sus modos de vida, facilitando no sólo la caza, que siempre practicaron, sino el intercambio comercial con la población hispana y entre las diferentes etnias.

El establecimiento de las “estancias” y el creciente desarrollo ganadero, originó pronto un tipo de peón peculiar, mestizo o criollo, ducho en las labores ganaderas y hábil jinete, al que en el siglo XVIII llamarían los españoles *gaucho*, palabra derivada del quechua con significación de vagabundo. Su origen está en el gauderío oriental uruguayo pero adquirió en la Argentina, a lo largo del siglo XIX, rasgos propios bien definidos. El gaucho adoptaría las boleadoras indígenas como herramienta de trabajo en sus labores ganaderas, dándoles proyección universal a través del folklore argentino.

Las memorias de un itinerario entre Buenos Aires y Lima, realizado por Don Antonio Carrió de la Bandera



olvidaron sus guitarras y recitados. Fue el hombre del campo argentino, principal escenario de su vida legendaria y real. De vida solitaria, ya en grupos de tiendas como las tribus nómadas, ya en rancheríos aislados como en la pampa sureña. Boleadoras indígenas y gauchas convivieron durante algún tiempo. Los indígenas utilizaron las boleadoras de una y dos piedras, aunque también conocían las de tres. El gaucho usó principalmente la de tres bolas y a veces la de dos para cazar el avestruz americano o ñandú.

A la boleadora de una piedra los hispanos la llamaron “bola perdida”, quizás por encontrar en asentamientos indígenas antiguos bolas aisladas, que identificarían como bolas desprendidas en el lanzamiento de una boleadora normal de dos o tres piedras, o tal vez por lo fácil de su extravío. Sin embargo, fue una arma de guerra indígena ampliamente utilizada. La piedra, bastante pesada, era lisa o con puntas, y llevaba atada una trenza de cuero o nervios, de un metro de longitud aproximadamente. A veces se la usaba como maza en la lucha cuerpo a cuerpo, a pié o a caballo, y otras veces como proyectil incendiario, sujetando a la bola un manojo de paja encendida. Los indígenas eran muy diestros con este arma, desarrollando una extraordinaria puntería y gran alcance.

La boleadora de dos piedras era un arma fundamentalmente de caza. Se arrojaba a diferentes partes del cuerpo según el animal a cazar. Al guanaco se le arrojaba a las patas, para trabárselas y hacerle caer, pero al ñandú se le arrojaba al cuello, sofocando al animal que, no pudiendo respirar bien, tenía que detenerse. El lanzamiento se hacía imprimiendo al conjunto un movimiento de hélice, de manera que fueran girando en el aire las dos piedras para enrollarse con facilidad. Se la llamaba *ñanducera*, *avestruquera* o *laques* (en lengua indígena), y estaba formada por una bola de piedra o metal y otra más pequeña y ligera, a veces de madera, que hacía también la función de mango o manija en el lanzamiento. La manija tenía a veces una forma de pera para cumplir mejor su función (véase fig.1). La manija es periforme, de madera y el peso es de piedra, apuntado y sujeto con banda de cuero ajustada. Los ramales son de cuero torcido. La primera representada aquí (fig.13), tiene la peculiaridad de ser el peso de plomo, y la manija de madera. Perteneció a los patagones guaycurúes<sup>11</sup>. La segunda incluida (fig.14) tiene los dos pesos de piedra, sujetos por una correa fuertemente ajustada y los ramales de cuero crudo torcido<sup>12</sup>.

La boleadora de tres pesos, aunque conocida por los indígenas, fue la boleadora gaucha por excelencia. La llamaban *tres marías* o *potreadora*, y estaba formada por dos pesos iguales de piedra, metal (hierro, plomo, bronce) o madera dura. La tercera bola o manija era más pequeña y ligera, pudiendo adoptar formas alargadas o de pera<sup>13</sup> (fig.15).

Las piedras a veces eran de origen antiguo, indígena, y estaban dotadas de una acanaladura perimetral a la que se ajustaba la cuerda o ramal de la boleadora. Otras veces se usaban lisas, forrándolas con el cuero crudo del *garrón* (piel de la pata de la res), con bolsa de testículo de toro o con el pellejo del lagarto. En ocasiones la bola estaba sujeta por un tiento que se unía al ramal, permitiendo su sustitución con facilidad, incluso empleando para este fin una pequeña anilla. Otras veces la anilla era el centro de unión de todos los ramales. Éstos podían ser de cuerda o de cuero torcido. A veces se confeccionaban boleadoras lujosas, hechas con bolas de marfil, aseguradas con cadenillas de plata y filigranas; otras veces la funda de cuero o *retobo* se calaba formando dibujos, como estrellas, etc.





Figura 15: *Potreadora*.  
Museo de América. N° Inv. 7820



Figura 16: *Tres Marías*  
Museo de América. N° Inv. 7838.

En relación al arte de bolear o lanzar las bolas, se distinguían varias clases de tiros, según el número de vueltas que diera el arma por el aire; los tiros de tres vueltas alcanzaban hasta las sesenta varas, y era la máxima distancia para hacer precisión; los de dos vueltas podían alcanzar treinta o cuarenta varas y los de una vuelta se lanzaban a veces con tal ímpetu, que a esa corta distancia eran capaces de seccionar el cuello del ñandú, como si fueran una arma cortante. Naturalmente la distancia alcanzada dependía del tamaño y peso de las bolas y de la fuerza del boleador, así como del número de bolas, siendo mayor con la boleadora de dos bolas, que solía ser la preferida para conseguir precisión. Respecto al diseño de las boleadoras, hay que decir que la *manija* o bola pequeña, debía de tener un peso en relación a las otras, llamadas *voladoras*, para conseguir el movimiento circular del conjunto. Su ramal era un poco más corto también que los otros. La longitud de la *ñanducera* se medía con una brazada, añadiendo a cada lado una distancia igual a la que hay entre la mano y el codo. La *potreadora* se medía entre la *manija* y las *voladoras*, con una brazada más una sola longitud del codo a la mano<sup>14</sup> (fig.16).

129

Las boleadoras eran tan populares que tanto indios como españoles y mestizos las utilizaban también como deporte o diversión. El jesuita Sánchez Labrador, refiriéndose a los indios, relata así los juegos de chicos y mayores con las bolas: "*Desde niños empiezan á divertirse en juegos, que les sirven de exercicio para cuando grandes. Su mas frecuente exercicio consiste en tirar las Bolas, y por que sus años no les dan fuerza para manejar Bolas grandes, y pesadas, forman sus Bolas de dos piedrecillas, atadas a las extremidades de un cordelillo, hecho de nervio de caballo, ó del pellejo fresco, de que sacan una lonja ó tira. De este mismo material forman tambien Bolas, dejando en la extremidad de la tira un pedazo de cuero grueso, que añudan en forma de Pelota. En secandose estas Bolas, hechas de cuero fresco, no tienen peso, y asi no sirven para sus juegos; pero como tienen abundancia de material, substituyen otras a las primeras para no interrumpir las diversiones.*"

*‘Todo el día andan cargados con semejantes bolas. Con ellas tiran al blanco, que es un palo levantado á buena distancia; y aquel gana que enreda y enrosca mas en el sus bolas. Con estas cazan tambien pajaros; llamanlos primero con remedos muy propios y engañado el ave al oír su voz en el reclamo, acude al lugar de donde sale; entonces los chicos le tiran las bolas y la enre-*

dan con ellas de modo que no puede volar. Otro modo de juego de la gente menuda es este: ponen-se algunos en círculo, como seis ó ocho: uno tira hacia arriba, ó al ayre sus bolas, y al punto los demas disparan las suyas á enredar, y coger al vuelo las del primero: el que mejor las enredo, vence, y gana el premio...”

“Los Adultos tienen también sus diversiones, pero la principal se reduce al ejercicio de las Bolas. La destreza en este ejercicio es grande. A buena distancia clavan en el suelo una ala de Avestruz; esta les sirve de blanco; y el que mas acierta, ó pone las Bolas mas cerca, ese gana” (Sanchez Labrador, 1936: 47).

Un destacado observador de las costumbres de los gauchos del siglo XIX fue Darwin, que nos dejó algunos detalles interesantes sobre boleadoras, indios y gauchos en su *Diario del viaje de un naturalista alrededor del Mundo*. Hablando de las mujeres indígenas de Río Colorado dice: “Una de sus



Figura 17: Detalle de cinto gaucho con monedas de plata.

principales ocupaciones cuando están en sus viviendas consiste en golpear dos piedras una contra otra hasta redondearlas, a fin de hacer con ellas las bolas. Con este arma importante el indio se apodera de las piezas de caza y se provee de caballo, tomando cualquiera de los que vagan libremente por el llano. Al pelear, su primer intento se dirige a derribar la cabalgadura de su adversario con las bolas, y cuando se lo ve embarazado con la caída le da muerte con el chuzo. Si las bolas se enredan sólo en

el cuerpo o cuello de un animal, a menudo escapa con ellas. Como cuesta dos días de trabajo el redondear las piedras, de ahí que sea frecuentísima esta ocupación (Darwin, 1999: Tomo I: 103).

De su paso por Maldonado, nos deja estos datos sobre los gauchos uruguayos: “Tantos libros se han escrito sobre estos países, que es casi superfluo describir de nuevo el lazo o las bolas [...] Las bolas son de dos clases: las más sencillas, que se usan principalmente para cazar avestruces, se componen de dos piedras redondas forradas de cuero y unidas por una delgada correa tejida, de dos metros y medio de largo. La otra clase se diferencia en que tiene tres bolas, unidas por las correas a un centro común. El gaucho afianza en la mano la bola más pequeña de las tres, y hace girar las otras repetidas veces alrededor de la cabeza; luego, haciendo puntería, la arroja a modo de resorte que se suelta, dando vueltas por el aire. Tan pronto como tropieza con cualquier objeto, la cuerda se enrolla en él, cruzándose las bolas y quedando firmemente amarradas. El tamaño y forma de las bolas varía según el fin a que se destinan; cuando son de piedra, aunque no mayores que una manzana, se las dispara con tal fuerza que a veces llegan a romper la pata de un caballo. He visto bolas de madera como un nabo, hechas a propósito para cazar aquellos animales sin causarles daño. A veces las bolas son de hierro y pueden ser lanzadas a las mayores distancias. La mayor dificultad con que se tropieza al usar el lazo o las bolas es cabalgar con suficiente desembarazo para volver a voltearlas alrededor de la cabeza yendo a todo galope y volviéndose de pronto en condiciones de hacer puntería” (Darwin, 1999: Tomo I: 66,67), (fig.17).

Nos deja más datos sobre las boleadoras hablando del entretenimiento de la escolta de soldados que le acompañaron en su viaje de Bahía Blanca a Buenos Aires: *“Después de comer, los soldados se dividieron en dos partidas para ejercitar su destreza con las bolas. Clavaron dos picas en tierra, a una distancia de 35 metros; pero de cuatro o cinco veces que tiraron sólo una dieron en el blanco. Las bolas pueden tirarse a unos 50 ó 60 metros, pero con poca seguridad de acierto. Lo cual no se aplica a un hombre a caballo, pues cuando la velocidad de éste se añade a la fuerza del brazo, se dice que pueden alcanzar con eficacia un blanco situado a 80 metros”* (Darwin, 1999: Tomo I: 158).

Después de la independencia de Argentina en 1816, el expansionismo de la provincia de Buenos Aires y el agotamiento final de los caballos y ganado en estado salvaje, motivó los asaltos de los indígenas a los ranchos o estancias de los argentinos, donde encontraban recursos fáciles de conseguir, llevándoles a un tipo de vida apoyada en las incursiones guerreras o *malones* en territorio blanco. Ante esta situación el gobierno dispuso una línea de fortines para asegurar el desarrollo de los nuevos asentamientos y una decidida política de lento expansionismo sobre los territorios ocupados por los aborígenes. El general Manuel de Rosas lleva a cabo, en 1833, la primera expedición contra los indígenas y sus resultados son, la extensión de la frontera en territorio aborígen y la firma de tratados y acuerdos con los indios que frecuentemente se rompían por uno y otro lado.

Por aquella época del gobierno de Manuel de Rosas nació José Hernández, que inmortalizó la vida del gaucho en su obra *Martín Fierro*. De ella son estos versos que cuentan la habilidad del indio con las bolas y un enfrentamiento que tuvo Martín con uno de ellos en la frontera:

*“Sabe manejar las bolas  
como naidas las maneja;  
cuanto el contrario se aleja,  
manda una bola perdida,  
y si lo alcanza, sin vida  
es seguro que lo deja...”*  
(José Hernández, 1988: 82).

*“Era el hijo de un cacique,  
Dios le perdone al salvaje  
las ganas que me tenía...  
desaté las tres marías  
y lo engatusé a cabriolas... (fig. 18)  
¡pucha...! Si no traigo bolas  
me achura el indio ese día.”*

*“Era el hijo de un cacique,  
sigún yo lo averigüé;  
la verdá del caso jue  
que me tuvo apuradazo,  
hasta que al fin de un bolazo  
del caballo lo bajé..”*  
(José Hernández, 1988: 85).



Figura 18: Figuración de indígena boleando.  
Smithsonian Museum.

Con el fin de imponer la autoridad del gobierno a todas las tribus de aborígenes e incorporar definitivamente estos territorios a la soberanía Nacional, al tiempo que desalentar las pretensiones de parte del gobierno Chileno acerca de aquellas tierras, y la oportunidad de convertir aquella zona en fuente de riqueza agrícola-ganadera, se decide una avanzada definitiva y desintegración física y cultural de la población indígena. Los traumáticos sucesos de aquellos tiempos, que se conocerían por el nombre de la *conquista del desierto* (desierto de blancos), dejarían una dolorosa huella de matanzas premeditadas y exterminio en la historia argentina.

132 A finales del siglo XIX y primeras décadas del XX continuó “la conquista” de los indígenas. Los territorios ganados el siglo anterior a los mapuches, en Argentina y Chile, permitieron la explotación agro-ganadera y forestal en el hábitat ocupado por los pueblos indígenas, que fueron utilizados en la producción en condiciones precarias y desigualdad de derechos respecto a la población blanca, consolidando un proceso de marginación y olvido del indígena. A finales del siglo XX, la presión internacional ha favorecido el impulso de un proceso de recuperación y delimitación de tierras y derechos indígenas, todavía escaso, a cuyo calor han surgido movimientos de protesta y confrontaciones en las que los descendientes del belicoso pueblo mapuche han desenterrado sus antiguas armas de guerra, sus boleadoras, proporcionando una crónica actual de su pervivencia, como ésta de un noticiero en Marzo de 1999: “TRES-CIENTOS INDÍGENAS ACTUARON CONTRA CARABINEROS Y BRIGADISTAS EN TRAIQUÉN: En esta forma, la anunciada



Figura 19: Bola inca de cobre.  
Museo de América. N° Inv. 7155

En esta forma, la anunciada

*revuelta del pueblo mapuche por la reivindicación de sus tierras parecía comenzar en la IX Región, donde vive el grupo más numeroso de esta etnia fuera de la Región Metropolitana. En total, estos indígenas suman alrededor de un millón en todo el país. Los mapuches (hombres, mujeres, niños y algunos ancianos), con un impresionante chivateo y premunidos de boleadoras y hondas atacaron incesantemente el refugio de los empleados de Mininco [empresa maderera]. Las piedras también alcanzaron a los policías que hacían guardia. Entre los gritos se escuchó una de las frases que al parecer caló hondo, como motivación para los mapuches y ofensa para los efectivos policiales: “¡Son menos (los policías) y pelean por plata; nosotros somos más y peleamos por la vida!”. A partir de entonces, pareció incrementarse el actuar de los “boleadores”, por un lado, y la respuesta de los uniformados, por el otro (La tercera. Crónica Nacional. Seis de Marzo de 1999. Chile)*

### - Boleadoras incas

A pesar de que la honda fue el arma a distancia por excelencia para los incas, también hicieron uso de la boleadora. Parece ser que originalmente la tomaron de las etnias coyas que habitaban el altiplano al sur del imperio, en la provincia del *Collasuyu*, que la tenían como propia. El Inca Yupanqui decidió tomar de estos pueblos conquistados algunos elementos culturales, introduciendo en el Cusco el *ayllo* como práctica deportiva y de combate, siendo el propio Yupanqui, así como su hijo Huayna Capac, expertos en este juego. El *ayllo* o boleadora estaba formado por dos o tres piedras redondas, ovales e incluso cilíndricas de unos 5 cm de diámetro y peso alrededor de los 400 gr. También se utilizaban a veces pesos de metal<sup>15</sup>, más pequeños, y la modalidad de boleadora de un solo peso, apareciendo los tres modelos representados en la iconografía de los queros (fig. 19). En el padre Bernabé Cobo encontramos referencias a las mismas “*A corta distancia, para asir y prender al enemigo, tiraban un instrumento dicho ayllu, que es de dos piedras redondas poco menores que el puño, asidas con una cuerda delgada y larga de una braza, poco más o menos; trábanlo a los pies, para trabarlos y hacer su efecto cuando la cuerda encuentra con las piernas, porque, con el peso de las piedras de los cabos, da vueltas a ellas hasta revolverse toda y enredarlas*” (Cobo, 1980: 255).

Don Alonso Enríquez de Guzmán, que acompañó a Hernando Pizarro y peleó en el sitio de Cuzco contra los indios de Manco Cápac, dice a su vez de ellos: “*No tienen armas defensivas, pero tienen muchas ofensivas, conviene a saber: lanças y flechas y porras y hachas y alabardas e tiraderas como dardos y otra manera de armas que llaman ayillos, que son desta manera: tres piedras redondas metidas e cosidas en unos cueros a manera de bolsa, puestas en unos cordeles con tres ramales, a cada cabo de cordel puesta su piedra, del largor de una braça, todo uno. Y dende los andenes y albarradas las tiran a los cavallos y atánlos de pies y manos e algunas vezes coge al que va encima y le ata por el cuerpo y braços. Y son tan sueltos y çiertos en esto que toman un benado en el campo*” (Enríquez de Guzmán, 1886: 270).

También se usaban las boleadoras para la caza de fieras y aves. En este simpático dibujo de Pomán de Ayala se reflejan las actividades de los muchachos de 9 a 12 años, entre las que se encontraba la caza de pájaros, con cuyas plumas adornaban sus armas, escudos y vestidos. Vemos representada una pequeña boleadora de dos pesos, con mango o manija (fig. 20).



134

Figura 20: Boleadora de pájaros. Dibujo de Huaman Poma de Ayala.

#### IV. CONCLUSIÓN

Hondas y boleadoras, unidas a la tiradera o *atlatl* azteca (el propulsor de azagayas paleolítico), son las armas de lanzamiento que han definido el carácter peculiar del guerrero indígena americano a la llegada de los conquistadores, revistiéndole de un primitivismo ya olvidado para los europeos. El arco, la lanza, etc. son armas tan comunes que no despiertan la atención como estas tres armas prehistóricas, que en América han pervivido a lo largo de los tiempos, evidenciando esa separación cultural, ese aislamiento de diez milenios durante los cuales una similar cultura prehistórica evolucionó por separado en los dos continentes.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Ver los términos *bola* y *polyèdre* en Leroi-Gourhan A., 1994
- <sup>2</sup> Hipótesis sostenida por algunos autores, como el abate Glory, según cita de Gomez-Tabanera J. M<sup>º</sup>, (1980:202).
- <sup>3</sup> Ver *Monteverde* en Leroi-Gourhan A., 1994. Cita a Dillehay T. (1984). "A late Ice-Age settlement in southern Chile". *Scientific American* 251/4: 106-117.
- <sup>4</sup> Ver *Marazzi* en Leroi-Gourhan A., 1994. Cita a Laming-Emperaire A. (1972). "Le site de Marazzi en Terre de Feu". *Objets et mondes* XII/2: 225-244.
- <sup>5</sup> Ver *Los Toldos* en Leroi-Gourhan A., 1994. Cita a Cardich A. (1973). "Secuencia arqueológica y cronológica de la cueva 3 de Los Todos". *Relaciones VII*: 85-123. Buenos Aires.
- <sup>6</sup> Un magnífico tratado sobre tejido y diseños de hondas andinas es el de Adele Cahlander (1980): *The sling braiding of the Andes*. Colorado Fiber Center. Colorado. USA.
- <sup>7</sup> Longitud: 310 cm. Anchura máxima: 3 cm.
- <sup>8</sup> Longitud conservada: 140 cm. Anchura: 4 cm.
- <sup>9</sup> Longitud: 280 cm. Longitud de bolsa: 24 cm.
- <sup>10</sup> Longitud conservada: 98,5 cm. Anchura: 2,5 cm.
- <sup>11</sup> Longitud: : 105 cm cada ramal.
- <sup>12</sup> Longitud: 118 cm cada ramal.
- <sup>13</sup> Longitud: 100 cm el ramal más largo.
- <sup>14</sup> Longitud: 110 cm el ramal más largo. Tres pesos de plomo, uno alargado.
- <sup>15</sup> Bola acanalada de 2,5 cm. y peso de 64 gr. De bronce y plata, proviene de Cuzco.

**BIBLIOGRAFÍA**

BUSTAMANTE, Carlos Inca (1959): *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 122. Atlas, Madrid.

COBO, Bernabé (1890): *Historia del Nuevo Mundo*. Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Sevilla.

COE, SNOW y BENSON (1989): *La América Antigua: Civilizaciones Precolombinas*. Ediciones Folio. Barcelona

COOK, J. (1999): *Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del Mundo*. Espasa Calpe. Madrid.

CORTÉS, Hernán (1987): *Cartas de Relación*. Ediciones Océano. Barcelona

CIEZA DE LEÓN, Pedro (2000): *La crónica de Perú*. Dastin, Madrid.

DARWIN, Charles. (1999): *Diario del Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo*. Espasa Calpe. Madrid.

DÍAZ DE GUZMÁN, Ruf (2000): *La Argentina*. Dastin, Madrid.

ENRIQUEZ DE GUZMÁN, (1886): *El libro de la vida y costumbres*. Documentos Inéditos para la Historia de España. Madrid.

FAGAN, Brian (1988): *El gran viaje: el poblamiento de la antigua América*. Edaf., Madrid.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1959): *Historia general y natural de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Tomos 117- 121. Atlas, Madrid.

GARCÍA SAIZ, M<sup>a</sup> Concepción (1980): *La pintura colonial en el Museo de América*. Ministerio de Cultura. Dirección Gral. Patrimonio Artístico. Madrid.

GOMEZ-TABANERA, J. M<sup>a</sup> (1980): *La caza en la Prehistoria*. Colegio Universitario de Ediciones Istmo. Madrid.

HERNÁNDEZ, José (1988): *Martín Fierro*. Carroggio, Barcelona.

KAULICKE, Peter (1994): "Los orígenes de la civilización andina". *Historia General del Perú*, Tomo I. Editorial Brasa. Lima.

LEROI-GOURHAM, A. (1994): *Dictionnaire de la Préhistoire*. Presses Universitaires de France. París.

MUÑIZ, Francisco J. (1916): *Escritos Científicos*. L. F. Rosso, Buenos Aires.

PATÍÑO, Victor Manuel (1990). *Historia de la cultura material en la América equinoccial*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe (1980): *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. Ayacucho, Caracas.

PIZARRO, Pedro (1944): *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Futuro, Buenos Aires.

SANCHEZ LABRADOR, J. (1936): *Paraguay Católico. Los Indios Pampas, Pueches, Patagones*. Viau y Zona Editores. Buenos Aires.

SAUBIDET, T. (1945): *Vocabulario y Refranero Criollo*. Guillermo Kraft. Buenos Aires.

SCHOBINGER, J. (1988): *Prehistoria de Sudamérica*. Alianza Editorial. Madrid

SILVA GALDAMES, O. (1977): *Prehistoria de América*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.

SILVA SANTISTEBAN, F. y RAVINES R. (1994): "Los Incas". *Historia General del Perú*, Tomo III. Editorial Brasa. Lima

SOLÍS, Antonio de (1970): *Historia de la conquista de Méjico*. Austral, Madrid.

URTEAGA, Horacio H. (1931): *El Imperio Incaico*. Gil. Lima.

VEGA DE LA, Garcilaso (1963): *Comentarios Reales de los Incas*. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 133.